

PACO IGNACIO TAIBO II

**Regreso a
la misma
ciudad
y bajo
la lluvia**

**Una historia de
Belascoarán Shayne**



Por fin retorna Héctor Belascoarán Shayne, uno de los más peculiares detectives mexicanos. Y lo hace en una novela vertiginosa, alucinante, sorprendente, en la que la magia del Distrito Federal, los miedos del protagonista y los conflictos sociales se mezclan con la extraña historia de un agente de la CIA que trae en las maletas (metafóricamente hablando) las manos ensangrentadas del Che.

Regreso a la misma ciudad y bajo la lluvia no sólo significa el retorno de uno de los personajes más entrañables y solidarios de los últimos años, es también el regreso, sin ningún tipo de concesiones, de una forma de ver y entender a la ciudad más grande del mundo y probablemente una de las más corruptas: México, DF.

Para mi colega Roger Simon (a) Rogelio Simón,
que incorporó a los Lakers a las religiones conocidas,
y puso a Moses Wine en mi camino.

Para mi colega Andreu Martin,
que se ve que las goza tanto como yo.

Para mi colega Pérez Valero,
que se ve que las sufre tanto como yo.

Para el colega Dick Lochte,
que le prestó el nombre a un personaje.

Para los colegas Ross Thomas y Joe Gores,
que aparecerán como dueños de un prostíbulo
en Tijuana en una próxima novela.

A éstos, mis amigos, vaya una novela por otra,
con el agradecimiento del lector.

Cada resurrección te hará más solitario

CESAR DÁVILA ANDRADE

NOTA DEL AUTOR

No me pregunten cuándo y cómo revivió Héctor Belascoarán Shayne. No tengo respuesta. Recuerdo que en la última página de *No habrá final feliz* la lluvia caía sobre su cuerpo perforado.

Su aparición por tanto en estas páginas es un acto de magia. Magia blanca, quizá, pero magia irracional e irrespetuosa hacia el oficio de hacer una serie de novelas policíacas.

La magia no es totalmente culpa mía. Apela a las tradiciones culturales de un país en cuya historia abundan los regresos. Aquí regresó el Vampiro, regresó el Santo (en versión cinematográfica), regresó incluso Demetrio Vallejo desde la cárcel, regresó Benito Juárez desde Paso del Norte... Este regreso en particular se gestó hace un par de años en la ciudad de Zacatecas, cuando el público de una conferencia exigió que Belascoarán volviera a la vida por votación casi unánime (menos un voto). El hecho habría de repetirse desde entonces varias veces más ante auditorios variados, en ciudades diferentes, y las votaciones fueron acompañadas de una larga serie de cartas. Parecía que el personaje no se encontraba terminado a gusto de sus lectores, y el autor pensaba que aún le quedaban algunas historias por contar de la saga belascoaranesca. Y así, nació esta novela, que si acaso tiene alguna virtud, es que se escribió aún con más dudas que las anteriores. Sean pues los lectores de Za-

catecas que acudieron a aquella conferencia, tan responsables como yo del regreso de Héctor.

No tengo mejor explicación.

Como siempre, es obligado decir que la historia que aquí se cuenta pertenece al terreno de la absoluta ficción, aunque el país siga siendo el mismo y pertenezca al terreno de la sorprendente realidad.

Habría que añadir que por razones de la narración, los tiempos reales se han trastocado levemente, uniendo las movilizaciones estudiantiles de fines del 87 con el ascenso de la campaña cardenista de la primavera del 88, en un tiempo ficticio que podría situarse hacia el fin del año 87.

PIT II

MÉXICO DF, 1987-88-89

I

La única prisa es la del corazón.

SILVIO RODRÍGUEZ

—¿Cuántas veces te has muerto tú?

—Uhm —dijo la muchacha de la cola de caballo y negó con la cabeza.

—Yo sí, muchas.

Ella repasó con su dedo índice las cicatrices que hacían dibujitos en el pecho. Héctor le retiró suavemente la mano y caminó desnudo hacia la ventana.

Era una noche fría. Los Delicados con filtro estaban en el alero; acercó la llama del encendedor a uno y miró los brillos verdes que los faroles arrancaban a los árboles.

—No, no las cicatrices; no digo eso. Digo dormir, ponerse a dormir y morir de nuevo. Cien, doscientas veces en un año. Estar seguro de que el primer sueño está dedicado a morirse otra vez... Eso. El primer puto instante del sueño, no es sueño, es volverse a morir.

—Sólo se muere una vez.

—Eso lo habrá dicho James Bond. Se muere un montón de veces. Puta madre. Sé lo que... A veces quisiera poder dormir con los ojos abiertos para no morir. Si duermes con los ojos abiertos nunca podrás morir.

—Los muertos se quedan con los ojos abiertos —dijo ella tras una pausa, dándole la espalda. Tenía las nalgas redondas y brillantes, como los verdes de los árboles de enfrente.

—Esos muertos se mueren sólo una vez. No. Yo hablo de morir muchas veces. Dos o tres veces por semana por lo menos.

—¿Cómo es tu muerte?

Héctor se quedó meditando. Cuando volvió a hablar, la muchacha de la cola de caballo no pudo verle el rostro, pero sí percibir la voz anormalmente ronca con la que contaba su historia.

—No puedes respirar. Sientes fuego en el estómago. No puedes mover los dedos de la mano. Tienes la cara metida en un charco y los labios se te llenan de agua sucia. Te cagas en los pantalones sin poder remediarlo. La sangre que te sale por la nariz se va mezclando con el agua del charco... Está lloviendo.

—¿Ahora?

—No, cuando mueres.

Ella se quedó en silencio un instante, queriendo mirar hacia otro lado. Pero sólo estaba la luz en la ventana que iluminaba las cicatrices del pecho de Héctor.

—Los muertos no cuentan estas historias.

—Eso es lo que tú crees —dijo Héctor sin contemplarla.

—Los muertos no hacen el amor.

—Un buen montón de vivos que yo conozco tampoco. En eso están jodidos, los tienen a dieta.

Héctor se separó de la ventana y pasó frente a la cama, ella giró de nuevo para verlo, la cola de caballo se depositó entre sus dos pechos.

—¿Quieres un refresco? —preguntó Héctor caminando por el pasillo hacia la cocina. El frío le subió por la planta de los pies.

—¿Podrás hacer un café descafeinado?

—Pides mucho.

—Para un tipo que ha muerto tantas veces, un café descafeinado ha de ser una mamada.

—Ahí sí que no, un descafeinado es un descafeinado y una mamada una mamada. Mucho más complicado el descafeinado. Héctor volvió con una coca cola en la mano y un limón partido por la mitad haciendo equilibrio entre los dedos de la otra. Buscó de nuevo la ventana.

—Está lloviendo —dijo mientras exprimía el limón y agitaba suavemente el casco para que se mezclara.

—¿Cuándo te mueres?

—No ahora —dijo, y se hizo a un lado para evitar que le diera en la cabeza un ejemplar de La condición humana de Malraux que ella le había tirado.

Héctor sonrió.

—Cúbrase las desnudeces, mujer, ahí le va el viento gélido.

Abrió la ventana. Ciertamente, un viento frío metió la lluvia al cuarto. Una gota grande le dio en la nariz y resbaló sobre el bigote. Abrió la boca y la tragó.

—Ahí está —dijo la muchacha de la cola de caballo sonriendo—, los muertos no pueden saborear la lluvia.

—A lo mejor tienes razón. Sólo se trata de mantener los ojos abiertos y de convencer al japonés que tengo aquí —señaló la sien con el dedo índice, haciendo el gesto universal del suicida.

—En la cabeza tienes a Quasimodo. Y se pasa el tiempo tocando las campanas de Notre Dame.

—Y cogiéndose al japonés con el que comparte la azotea... Por cierto debe ser el japonés el que controla el sonido y me cuida los transistores.

—Nunca me debí de haber enamorado de un detective mexicano.

—Nunca debiste haberte enamorado de un muerto.

Ella comenzó a llorar de repente, sin previo aviso; tapada hasta la barbilla, cubriéndose del frío y del tuerto detective, naco y bigotudo que tenía enfrente, quien compuso una mueca que quería ser una sonrisa amorosa, pero era el rictus de un tipo que no podía llorar y tenía frío.

Llevaba tan sólo una semana volviendo al despacho, reencontrándose con los viejos muebles y los viejos compañeros. Convencido de que los antiguos hábitos se habían

terminado. Si no cambió el letrero de la puerta donde se leía «Belascoarán Shayne-Detective», era porque el Gallo y Carlos Vargas, sus compañeros de despacho, amenazaron con abrir una agencia de detectives independientes en el instante que él se retirara. Eso lo frenó. Si no quería hacerse responsable de sí mismo, mucho menos de otros. Llevaba siete días cruzando la entrada, sentándose en su viejo escritorio, sacudiendo un poco el polvo, leyendo periódicos de dos años atrás y prendiéndole una veladora a la mamá de Sigmund Freud para que nadie abriera la puerta y le ofreciera un trabajo. Una semana saturada de paranoias y recelos. Angustias sin motivo que llegaban como tormentas tropicales y le llenaban las manos de sudor, le envaraban la columna, le punzaban en las sienas. Miedos tremendos, como pozos de elevador de 50 pisos sin más fondo que la demencia. Miedos cambiantes: a ir al baño cruzando el largo pasillo en las afueras del despacho, a darle la espalda a la puerta, a encender la luz de la ventana y dejar marcada la silueta contra las sombras de la calle, a contestar el teléfono y que una voz desconocida le hablara de tú.

Por eso, tras una semana de terrores que lo remontaban a las narraciones de la infancia de otros, porque la suya había sido plácida y pachona, como entre plumas de nido de gorrión, cuando sonó el teléfono buscó con la mirada a cualquiera de sus compañeros de despacho, aun sabiendo que no andaban por ahí. Miró los calendarios de cabareteras nalgonas y de rubias de anuncio de cerveza; pero las mujeres de las estampas en la pared se negaron a echarle una mano contestando el teléfono, porque no querían hacer la ruta inversa a la de la gloria y volver de la imagen del calendario a la oficina de la que algún día se habían fugado.

—¿Bueno?

—Con el señor Belascoarán, por favor.

—No está —dijo Héctor—, ya no viene.

—Gracias —dijo la voz de acento extraño, arrastrando un poco la última ese. Una voz de mujer. De camarera de restaurante de lujo que pronuncia correctamente el menú. ¿Acaso mexicana?, ¿boliviana?, ¿peruana?

—De nada —añadió Héctor y colgó suavemente. Un cuarto de hora después, el teléfono sonó de nuevo.

Héctor sonrió.

—¿Bueno?

—Quisiera hablar con usted, con el señor que me contestó antes, ¿verdad?

—El señor que le contestó antes no está —dijo Héctor—. Acaba de irse. Se anda retirando de esto. Fue por refrescos.

—¿Y ahora a qué se dedica? —preguntó la mujer con una risita.

—Budismo. Contemplación zen. Análisis empírico sobre lemas de contaminación ambiental.

—Gracias —dijo la voz.

—De nada —dijo Héctor.

Colgó de nuevo y caminó hacia la caja fuerte donde se guardaban los refrescos y las armas de fuego. De fuego, nada. Una navaja de resorte, dos pepsicolas añejas, una colección de fotos porno; memorias gráficas de un viejo caso que Gilberto el plomero conservaba como reliquias. Tomó la navaja y se la guardó en el bolsillo.

Si hubiera tenido que pasar ante un detector de metales, la máquina se hubiera vuelto loca de felicidad; no sólo por la navaja, también por los ecos de un clavo en el fémur que ya no podría sacar jamás, una automática .45 en una funda en la espalda y un revólver .38 de cañón corto en el bolsillo del pantalón. «El hombre de acero», se dijo. Un remiendo metalúrgico es lo que era.

El teléfono volvió a sonar.

—¿Podríamos vernos? —preguntó la mujer del acento peruano, ¿boliviano?, ¿chileno?, ¿mexicano?

—¿Nos conocemos?

—Yo sí, un poco lo conozco a usted.

—¿Qué marca de brasier usa?

—¿Por qué?

—No, nada. Era para ver si nos conocíamos —dijo Héctor jugando con la navaja—. Ya veo que no.

Colgó de nuevo y salió de la oficina poniéndose la chamarra negra. El teléfono sonaba cuando cruzó la puerta.

Ahora como nunca, era suya la absurda capacidad de sentirse fuera de lugar en todos lados. Era algo nuevo: ser eterno observador, estar invariablemente en el exterior. Al no ser propietario de ellos, los paisajes se pueden observar con mucha mayor precisión que antes, pero también uno es ajeno al panorama, incapaz de tocar el suelo, de sentir la brisa. La sensación de extrañeza era permanente. Sombra que recorría paisajes de otros, actor en escenario prestado y en obra equivocada, personaje de película ranchera en una comedia italiana. El vacío podía producirse en cualquier momento, intensificarse la normal sensación de estar fuera de lugar. Lo mismo podía sucederle en el vestíbulo de Bellas Artes en el entreacto de la ópera, que en una cerca de la generación 65-67 de la prepa uno, que en la sala de exposiciones de colchones de las tiendas de los hermanos Vázquez, que en la cola de las tortillas. Estaban ahí las cosas, él estaba ahí, pero no le pertenecían. Alguien en algún momento llegaría a pedirle el boleto, el permiso de estancia, el pasaporte, la credencial que da derecho al descuento y que uno no tiene.

Esta sensación de estarse colado en la vida, le resultaba particularmente angustiada en los elevadores y en los supermercados. Héctor no podría explicar por qué, pero así era. Sentía que de un momento a otro el aparato iba a detenerse en el piso tres y le iban a pedir amablemente que descendiera; o que los policías del super iban a impedirle

que pasara por la caja con su carrito, porque sus billetes con los que quería pagar ya no eran de curso legal.

Sin embargo parecía que la obsesión no producía síntomas exteriores, no deformaba la cara o ponía el ojo rojizo. El mensajero, con su casco amarillo y su montón de sobres, y la señora de la limpieza con la cubeta de agua no le hicieron el menor caso. Ni siquiera le dedicaron una segunda mirada. A lo mejor lo vivían igual que él, y por eso no les extrañaba; todos éramos una bola de leprosos inconfesos, todos Alain Delon tratando de imitar sin éxito a Jorge Negrete.

Descendió en el seis y sorteó el escritorio de entrada avanzando directamente hacia la caja. La cajera se había enganchado la media en un cajón del escritorio y tardó en hacerle caso. Héctor encendió un cigarrillo y la observó manipular media y cajón.

—Ay —dijo al fin cruzando su mirada con la del exdetective—. ¿Su cheque?

Héctor asintió con la cabeza dejando flotar un resto de sonrisa. La muchacha logró al fin desatorarse, buscó el cheque de la aseguradora en un enorme fólder y caminó de vuelta hacia la ventanilla tratando de ocultar su media destrozada, con un paso por tanto bastante contrahecho. Héctor firmó las pólizas, recogió el cheque y salió sin mirarla de nuevo.

Paseó entre las tienditas de Insurgentes, cruzó con trote cansado la glorieta del metro, se adentró en avenida Chapultepec, recogiendo con el ojo sano las ofertas de la ciudad. La miseria atacaba con la furia de la época prenavideña. El subempleo se desbordaba. Una oleada de mexicanos que buscaban el peso con ojos tristes y febriles atacaba por todos lados. Las manos de la limosna estaban más agrietadas, más temblorosas que de costumbre. «¿Cómo ser solidario con todo esto?» se dijo Héctor. «¿Cómo coexistir con esto sin pudrirse de tristeza?» se redijo. Una vez, Elisa le había leído en voz alta un texto de Cortázar sobre la estación

de tren de Nueva Delhi y la sensación que le había causado la lectura, la de que no puedes convivir con ciertas zonas oscuras de este mundo sin volverte un poco cínico, un mucho hijo de puta, le regresaba. Cortázar tenía razón. Dicho en el lenguaje de los 50, no había coexistencia pacífica con la parte de la sociedad que se estaba cayendo en pedazos, con esa otra parte tuya que se estaba hundiendo. «Para un tuerto debería ser más fácil, sólo hay que cerrar un ojo», se dijo, y ni siquiera se atrevió a sonreírse la broma.

Paseó por Chapultepec buscando sosiego y lo encontró en una salchichonería y en una agencia de viajes, sus dos puntos de contacto íntimo con la sociedad de consumo. Cuando llegó a la casa de su hermano, un edificio de departamentos con la fachada herrumbrosa en la calle Sinaloa, tenía ganas de chorizo de lomo y de viajar a Manila 14 días, la puerta del departamento C estaba abierta. Héctor reaccionó de inmediato a lo inusual llevando la mano a la funda de la pistola, sobre el corazón. La voz de Carlos desde la cocina lo tranquilizó.

—Pasa, menso. La puerta está abierta porque Marina salió al super a comprar refrescos.

Carlos estaba corrigiendo galeras en la mesa de la cocina, despeinado y en camiseta. Vivaldi en el tocadiscos terminaba. Tras los crujidos del automático, un coro ruso comenzó a cantar *La internacional*.

—Es el indicador de la hora del vermut —dijo Carlos y se puso en pie sacudiéndose migas de pan de los pantalones vaqueros. ¿Cómo te va de reencuentro con la vida?

—Más o menos —respondió Héctor dispuesto a no dar explicaciones.

—Tómatelo con calma.

—Eso trato.

Carlos se sirvió un vermut en las rocas, sacando botella y hielos del refrigerador. Ni se le ocurrió ofrecerle uno a su hermano.